



Martín Rodríguez

¿Quién educa?

¿Quién educa? Un profesor de sociología llevaba a los estudiantes en la primera clase a un supermercado. Les mostraba las verdades argentinas de las góndolas. Habrá tres lugares donde se mama, donde se aprende, donde se cuecen las habas de las “verdades”: la fila del supermercado, la tapa de un diario y el pizarrón de una escuela. No necesariamente en ese orden.

La escuela es sobre todo eso: cuando la sociedad y el Estado se amaron. El sueño del Estado argentino tiene guardapolvo blanco. Las presidencias históricas del siglo XIX están atravesadas por la Ley N° 1420. Para Sarmiento, el mástil de la bandera argentina tiene olor a tiza. En el origen, la docencia.

¿Quién le canta al Estado nación? Los primeros movimientos que organizaron las primeras dos décadas de la democracia (1980-1990), es decir, el alfonsinismo y el menemismo, se construyeron a su modo contra lo estatal. El alfonsinismo contra los resabios autoritarios, el menemismo contra el déficit. Hay una foto que circuló estos días: Alberto Albamonte, dirigente de la UCeDé, en 1984 se pasea por la calle Florida junto a un elefante. El elefante representa la metáfora obvia del Estado gigante. Pobre animal. Los tiempos cambiaron: hoy la militancia ecológica le prohibiría el uso del animal en el espacio urbano. Ni en el zoológico quedan prácticamente elefantes, de hecho. Pero el sentido de la protesta está intacto.

Alfonsín, a los pocos días de asumir, creó la Conadep, un consejo de notables de la sociedad civil, surgida para investigar y producir la primera verdad sobre el Terrorismo de Estado. Magdalena Ruiz Guiñazú, Ernesto Sábato, René Favaloro (que luego renunció), Graciela Fernández Meijide, Jaime De Nevares, inobjetables para la sensibilidad de esa democracia que nacía de la mano de un presidente civil,

* Martín Rodríguez nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1978. Es escritor y periodista.



demasiado civil, que le había roto el invicto electoral al peronismo. Y producen esa verdad. El *best seller* y *long seller* argentino. El *Nunca Más*.

Menem, en 1989, recupera la “mitad más uno” peronista pero fundando una época que, vista hoy, parece que estaba escrita en el agua de la misma sociedad. Estaba escrita en el humor de Antonio Gasalla, por ejemplo, con su tan citada parodia de la empleada pública. Si Alfonsín fue contra la ESMA, ahora Menem iba contra Entel. Sociedad y Mercado era la materia innombrable que construía la nueva Argentina democrática. Alfonsín grabó el orden de la democracia, Menem el del mercado. Desde 1983 nos parieron así: dentro de la democracia de mercado todo; fuera, nada. Pero ese histórico personaje de Gasalla que revelaba el “inconsciente colectivo” era una empleada; maestra era la “otra”. ¿Qué hacen los sueños de mercado con los sueños de “civilización”? Como si al personaje de “Noelia”, y a ese dueto con la inolvidable directora de escuela Norma Pons, se le superpusiera la foto de Spinetta con el cartel “hoy somos todos docentes”.

La política se ponía espalda contra espalda con la sociedad para desarmar el Estado argentino del siglo XX y sus restos que parecían contener todos los costos y ninguna de sus virtudes igualitarias. Ese clima, a vuelo de pájaro, se quebró en parte en la rompiente del 2001, un poco también porque el *duhaldismo* era el sub-suelo sublevado del Estado imprivatizable, es decir, el grado cero: las escuelas, las manzaneras que repartían leche, los policías (lo que quedaba afuera del banco); y después todo el envión pedagógico del kirchnerismo que nos convenció que *sin el Estado no se puede* (aunque no dijera tanto la otra mitad de la frase: *solo con el Estado no alcanza*).

Y vivimos desde 2003 una reivindicación del Estado con el *boom* de los *commodities*, las tasas chinas y la recuperación económica que dieron las espaldas sólidas de los años de superávits gemelos. Derechos Humanos, AUH y Frávega fue el equilibrio para esa sociedad golpeada. La pedagogía de Keynes con derechos humanos. Nuestro *new deal*.

Luego vino el contraataque macrista, que es la otra cara del 2001 (el macrismo es hijo del 19 de diciembre y el kirchnerismo del 20 de diciembre, dos días que son las dos almas de esa jornada). Aunque a Mauricio Macri se le abrió la puerta del avión en pleno vuelo: su plan de salida del populismo era que no había ninguno: terminó decepcionando *sobre todo* a los propios.

Pero esta pandemia abrió el desafío mayor de la democracia y del Estado. Como si lo invertido desde 1983 fuera puesto a prueba: ¿cuánta autoridad tiene y puede tener el Estado sobre esa sociedad a la que la política quiso liberar y empoderar? Quisimos tanto tener una sociedad empoderada y vino la pandemia y para afrontarla necesitamos una sociedad *governable*. La cuarentena, como un hecho de igualdad producido de arriba hacia abajo, resulta una máquina de reproducir desigualdades. Y vimos todo: la realidad de los barrios pobres y la de los que tuvieron con qué pasar el invierno, el infinito mar de realidades grises de capas medias empobrecidas. El Estado actualizó su radar en millones de inscriptos al IFE. Pero también, en simultáneo, se oyó estos dos años crecer un rumor: la tirria ciudadana contra los que “viven del Estado”. Ya no es solo contra el Leviatán de la



picana, ya no contra la empresa de teléfonos que no funcionan, ni contra *el ramal que para*, ni el enjambre de empleados públicos amantes de la ley del menor esfuerzo. Ahora es todo eso y más. “Si te bancarizó el Estado, estás en la lista de los salvados”. ¡Ahora es el elefante y es Albamonte también!

La democracia de 1983, que nació en parte intuitivamente *contra* el Estado, paga una parte de sus costos ahí, en esa brecha donde *la gente sabe por vieja* la diferencia entre tener o no estatizada la vida. Todos somos estudiantes de Noelia, la directora de escuela de Gasalla. Lo que amamos odiar y lo que odiamos amar: el viejo Estado argentino con sus discursos barrocos, su cuerpo ampuloso, sus tinturas y sus pintalabios besando niños. Pero podríamos decir: la dictadura quería una economía liberal e hizo un Estado tan fiero como para que fuéramos capaces de querer sacárnoslo de encima. Después de la ESMA, ¿no más poesía? No, no más Estado. Pero “Sociedad y Estado” se llamó la materia central del Ciclo Básico Común, ese intento de democratizar esa reserva última: la universidad. Leído hoy ese nombre parecía perseguir dos mandatos de la democracia naciente: construir una sociedad y un Estado para lo que vendría después.

¿Quién educa a los educados? Asistimos a diario a un bombardeo que ya sedimentó: la Argentina y su déficit fiscal. Una ecuación que se difunde: 21 millones de personas viven de 6 millones de contribuyentes privados. El argumento es asombroso (¿un jubilado que aportó durante años cuando compra sus alimentos no paga impuestos? ¿Una persona que cobra una pensión no la gasta en consumo que favorece la producción de los privados?). Pero retengamos la idea: 6 millones que tienen en sus espaldas a 21. El gasto público sostenido por los de a pie. Aunque se sepa, por ejemplo, que el promedio de hijos de quienes cobran AUH es de dos hijos, y se desvanece en el aire que las familias “tienen hijos para cobrar el plan”. Y así todo: el Estado argentino es una maquineta que emite pesos sin valor; cobran del Estado para no laburar.

Los economistas liberales (y de esa escuela viene Milei) les va mejor en la televisión, en la radio, en las redes, en todos lados, tal vez porque hablan de guita. Y en la guita todos nos ponemos democráticos, porque todos la queremos. El discurso del mercado también es un discurso de la democracia, el “a mí nadie me regaló nada”. Todos siguen el arquetipo del diálogo inaugural con Doña Rosa, el gran invento de Bernardo Neustadt para construir su conversación económica. Son economistas con calle, con *city*, con olor a cueva financiera, a cola de ahorristas, a señor que mete verdes bajo el colchón. Simplifican los marcos teóricos a los marcos teóricos del deseo: así se haría la Argentina de verdad, la que queremos. Si entrás a un casamiento y en una mesa está Carlos Melconián y en la otra está Carlos Heller, ¿en qué mesa preferís pasar la noche? Hablan con el bolsillo que es la otra forma de hablar con el corazón. Los economistas de izquierda (de izquierda radical, de izquierda peronista, trotskistas, etc.) tienen más biblioteca, hacen historia, organizan en palabras difíciles, y los otros te hablan a vos. A tu víscera sensible, como decía Perón. A tu bolsillo gris.

Si algo subrayó la pandemia fue la línea que separa a aquellos que viven del Estado de los que no. Subió el volumen a ese *hecho maldito*. Y la *anti política*



hizo migas de esta separación con sus lenguajes montados en “privilegios” y “castas”. Años trabajando esta separación, la distinción de una aristocracia estatal que asordó el primer canto de sirena de la época (¡el Estado te salva!) hecho, justamente, desde el Estado y parte de sus militancias. Pero la sociedad, aunque estaba rota, no respondió con el bolsillo solamente, y dijo: “¿y la escuela?”.

Al final nos terminamos agarrando todos por las clases. Diríamos entonces, y exagerando: el mercado educó muy bien. Pero detrás siempre está la gente. Suena a nostalgia pero es la realidad. Ahí vemos: la maestra, los niños, el chat de mapadres, el taxista que los sube cuando llueve, las clases por zoom, la cifra de los que abandonaron, la colecta de celulares para los chicos en escuelas, los que le pusieron el pecho a la vuelta, el que sigue vendiendo el mapa para que aprendan los nombres de las provincias, ¡el mapa!, la maestra Noelia que escucha Almendra y usa MercadoPago. Todas las almas de nuestra pedagogía democrática en un mismo lodo. Estado, sociedad y mercado. Habrá que empezar otra vez.